

## Artículo de Investigación

Cómo citar: Cortés Navarro, L. F. (2023) Trayectorias generacionales de resistencia territorial en el suroriente de Bogotá. *Polisemia*, 19 (35), 72-93. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.19.35.2023.72-93>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Enviado: 27 de marzo de 2023

Aceptado: 17 de mayo de 2023

Publicado: 30 de junio de 2023

Luisa Fernanda Cortés Navarro

# Chicos del barrio: Trayectorias generacionales de resistencia territorial en el suroriente de Bogotá

## Neighborhood Kids: Generational Trajectories of Territorial Resistance in Southeastern of Bogotá

## Meninos da vizinhança: Trajetórias geracionais de resistência territorial no sudeste de Bogotá

### Resumen

Este artículo aborda resultados parciales de una investigación centrada en las trayectorias de resistencia territorial que han tenido lugar en el suroriente de Bogotá durante la segunda mitad del siglo XX, haciendo énfasis en el papel que han desempeñado los jóvenes como dinamizadores comunitarios a lo largo de tres generaciones. Se parte de una hipótesis y es que el orden socioespacial de la capital colombiana tiene una incidencia directa en los procesos de marginación y de violencia sistemática hacia los jóvenes que habitan estos sectores urbano-populares; de ahí que este artículo se ocupe de analizar las transformaciones que han tenido las presencias juveniles en cada generación, centrando la mirada en sus experiencias urbanas y en algunos de los repertorios de resistencia que les han permitido transitar del destino a la decisión.

**Palabras clave:** jóvenes, orden socioespacial, resistencia territorial, marginación, violencia urbana

**Luisa Fernanda Cortés  
Navarro**

Doctora en Estudios Sociales.  
Universidad Distrital Francisco José  
de Caldas.

ORCID: 0000-0002-6744-1877

Correo electrónico:  
lfcortesn@udistrital.edu.co



## Abstract

This article addresses partial results of a research focused on the trajectories of territorial resistance that have taken place in the Southeast of Bogotá during the second half of the 20th century, emphasizing the role played by young people as community energizers over three generations. The hypothesis is that the socio-spatial order of the Colombian capital has a direct incidence in the processes of marginalization and systematic violence against young people residing in these urban-popular sectors. Therefore, this article is concerned with analyzing the transformations that have taken place in the presence of young people in each generation, focusing on their urban experiences and some of the repertoires of resistance, which have allowed them to move from destiny to decision.

**Keywords:** youth, socio-spatial order, territorial resistance, marginalization, urban violence

## Resumo

Este artigo aborda resultados parciais de uma pesquisa focada nas trajetórias de resistência territorial ocorridas no sudeste de Bogotá durante a segunda metade do século XX, com ênfase no papel desempenhado pelos jovens como dinamizadores da comunidade ao longo de três gerações. A hipótese é que a ordem socioespacial da capital colombiana tem um impacto direto sobre os processos de marginalização e violência sistemática contra os jovens que vivem nesses setores urbano-populares. Portanto, este artigo se preocupa em analisar as transformações que ocorreram na presença dos jovens em cada geração, concentrando-se em suas experiências urbanas e em alguns dos repertórios de resistência que lhes permitiram passar do destino à decisão.

**Palavras-chave:** juventude, ordem socioespacial, Resistência territorial, marginalização, violência urbana

## Introducción: el cruce de trayectorias

De sus nombres poco se sabe, a menos que, de la mano de algún investigador comprometido o de la misma comunidad, sin miedo, se conozcan detalles, procesos y vivencias, que deslinden estas memorias de una trayectoria común con la violencia y la marginación. Son *chicas y chicos del barrio*, los y las jóvenes que han habitado los sectores populares del suroriente bogotano por varias décadas, llevando sobre sus hombros una carga de marginación que han logrado transformar paulatinamente a través de procesos de autogestión y expresión estético-política en los territorios y con sus comunidades.

Este artículo<sup>1</sup> busca trascender el sendero de reflexión centrado en la amenaza violenta, proponiendo para ello un recorrido que visibilice la potencia desplegada por las otras formas de habitar en los territorios desde los despliegues creativos en clave de resistencia. En tal sentido, se pone especial énfasis en el papel que han desempeñado los jóvenes como dinamizadores comunitarios inmersos en estas resistencias, identificando a través de sus testimonios qué ha significado habitar el suroriente de Bogotá y de qué manera los procesos organizativos que emergen de esa *experiencia urbana*<sup>2</sup> (Signorelli, 2009) han resignificado los efectos de un *orden socioespacial*<sup>3</sup> de la ciudad que *interviene, margina y expropia* a las comunidades de los sectores populares —y particularmente a las nuevas generaciones— de un territorio en el cual construir sus proyectos de vida. Es una apuesta por reconocer los procesos organizativos que a lo largo de tres generaciones han potenciado la creación de colectivos juveniles, festivales locales de música, instalaciones de arte urbano y demás expresiones de resistencia *desde los territorios*.

En términos metodológicos, es importante señalar que el rastreo de estas trayectorias de resistencia en varias generaciones supuso retos teóricos y epistemológicos para los cuales el apoyo en dos *series discursivas* propuestas por el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital resultó clave.

- 1 Este artículo sintetiza de manera parcial algunos aspectos abordados en la tesis *Juventudes por el Derecho a la ciudad: trayectos de las resistencias territoriales juveniles en el suroriente de Bogotá*, presentada para optar al título de doctora en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- 2 La *experiencia urbana* es abordada por campos como la antropología urbana. En este caso en particular, se retoma desde los aportes de Amanda Signorelli (1999), porque resulta clave para los intereses de esta investigación retomar en los testimonios la convergencia de tres factores: la organización del espacio metropolitano; las características socioespaciales del entorno local, y en última instancia, la posición sociocultural de quienes lo habitan y las formas en las que establecen relaciones entre el espacio organizado y las características de sus entornos locales y metropolitanos.
- 3 El *orden socioespacial* (Duhau & Giglia, 2016) refiere a la correspondencia entre las formas en las que se ha producido y organizado un espacio metropolitano, las prácticas de apropiación de quienes lo habitan y los usos posibles que se les dan a esos espacios. Se expresa a través de elementos como las escalas que organizan política y administrativamente los territorios, los grados que dan cuenta de qué tan segregado se encuentra un territorio y los efectos que tienen que ver con la matriz de sentido a partir de la cual el resto de la ciudad se relaciona con determinados territorios.



Por una parte, la serie “Vida, poder, resistencia, cultura y territorios”, propuesta desde la línea Poder, Política y Sujetos Colectivos, permitió analizar las trayectorias de resistencia en cada una de las generaciones, identificando a través de los testimonios y abordajes documentales las particularidades de cada contexto y los repertorios de acción con los que se han expresado. Para ello, se propusieron tres acontecimientos<sup>4</sup> generacionales a partir de los cuales se analizó un conjunto de trayectorias de vida, que a su vez fueron sistematizadas y permitieron la elaboración de una cartografía. Los acontecimientos propuestos fueron: *La avanzada de los estudiantes hacia el barrio* (1971-1989); *Resistir al miedo para ser desde el territorio* (1990-2009); *El arte y la cultura, nuevos epicentros políticos desde lo popular* (2010-2019)<sup>5</sup>. Se adelantó un proceso de recopilación de historias de vida que contó con la participación de doce líderes y lideresas<sup>6</sup>, integrados en alguna de las cohortes generacionales mencionadas previamente y que en algún momento de su vida juvenil tuvieron (o tienen) la posibilidad de integrar algún colectivo u organización con incidencia en los territorios populares del suroriente de la ciudad.

Por otra parte, la serie “Crítica, ficción y experimentación” brindó las herramientas metodológicas que permitieron a esta investigación trascender la fase descriptiva disciplinar y responder a los retos de una indagación multisituada —propia del campo de los estudios sociales—, recogiendo así el movimiento vivo por el que ha transitado la experiencia urbana y local de estas organizaciones a través de una *cartografía rizomática*<sup>7</sup>, en la cual, a través de la dinámica de redes, se plasmaron las interacciones posibles entre las trayectorias de vida de los jóvenes de cada una de las generaciones, los vínculos intergeneracionales, la interconexión de los procesos organizativos y las formas en las que cada generación de jóvenes respondió ante estos procesos y tramitó las tensiones y conflictos propios de su época (Korinfeld & Villa, 2012), y en perspectiva de futuro<sup>8</sup>.

4 El *acontecimiento* se aborda en este artículo como un suceso en el que emerge espontáneamente el poder de la influencia sutil. De acuerdo con Useche (2014), los acontecimientos son aquellos devenires minoritarios que no se tenían previstos y que surgen como actos creativos que desbordan lo establecido a partir de afectos y nuevas formas de interacción, a través de los cuales se expresa la diferencia, cuyo soporte es el despliegue de la acción micropolítica.

5 Cabe señalar que los títulos de cada acontecimiento se asignaron con el propósito de resaltar algún aspecto generacional, sin desconocer que estos repertorios puedan igualmente manifestarse en otros tiempos y a través de otros actores juveniles a lo largo del periodo a observar

6 La muestra total de la investigación fue de doce historias de vida y cada uno de los acontecimientos generacionales contó con la participación de cuatro testimoniantes. Se había proyectado una muestra con más población, pero con la llegada de la pandemia de COVID-19 y el confinamiento a raíz de esta, el trabajo en campo se vio bastante restringido.

7 Si bien el objeto de este artículo no es abordar la totalidad de resultados de las trayectorias que integran la cartografía rizomática, los lectores interesados pueden acceder a la herramienta de organización de la información completa a través del siguiente enlace: <https://onodo.org/visualizations/201206/>

8 Se puntualiza en la perspectiva de futuro dado que, en la mayoría de las trayectorias vitales de los participantes y de sus procesos organizativos, se ha logrado identificar apuestas políticas de carácter prospectivo y que han tenido gran incidencia en las generaciones venideras y en los procesos organizativos en el territorio.

## Juventudes urbano-populares: irrupciones violentas o un juego de espejos

Desde algunas investigaciones académicas se ha sugerido la irrupción pública de los jóvenes como actores sociales en Colombia, a partir de la segunda mitad del siglo XX (Perea, 1998; Parra Sandoval, 1985; Reina, 2012; Salazar, 1998; Useche, 2009). Una irrupción que, desde múltiples perspectivas, apunta a procesos como el crecimiento urbano, la alfabetización, el surgimiento de movimientos contraculturales y el aumento de la migración campo-ciudad debida al recrudescimiento de la violencia en los contextos rurales. No obstante, sería solo hasta la década de los ochenta cuando un nefasto episodio marcaría el umbral a partir del que la juventud colombiana no volvería a concebirse de la misma manera: el 30 de abril de 1984 Rodrigo Lara Bonilla, por entonces ministro de Justicia, fue asesinado a manos de un joven de 18 años. Este hecho violento fue un suceso coyuntural para la lectura de las presencias juveniles en el país, debido a la corta edad del victimario, el importante papel político de la víctima y el despliegue dado a través de los medios de comunicación, elementos que sirvieron para justificar el reflector que se posó sobre las juventudes de nuestro país: el de la *violencia urbana*<sup>9</sup>.

A partir de allí, se hizo más constante la visibilidad de estas irrupciones violentas de lo juvenil. De tal manera que, en algunos contextos, los jóvenes figuraban como sus principales motivadores: sicarios, criminales, *administradores de la muerte* (Perea, 1998)<sup>10</sup>. En otros, en cambio, figuraban como las más constantes víctimas del fenómeno violento, tal como lo confirmaron las cifras del Departamento Nacional de Planeación (1994), cuyo análisis de dicho fenómeno a partir de la década 1980 señalaba que “las defunciones de jóvenes entre 15 y 24 años se incrementaron entre 1983 y 1993 de 6,5 % a 9,1% y la del grupo de 25 a 34 años pasó de 6,8 % a 9,9 %” (p. 20). Tales cifras que mostraron un preocupante incremento en los índices de mortalidad de población joven —mayoritariamente de género masculino— en las principales ciudades del país. Muchos de ellos, jóvenes víctimas de la ausencia de oportunidades, de la estigmatización y de prácticas como el *exterminio social*, que bajo figuras como el “toque de queda”, la “limpieza

---

9 Es importante precisar que, desde la década de 1940, en Colombia se tiene conocimiento de la presencia de niños y jóvenes en grupos armados legales e ilegales en el contexto del conflicto armado interno y la denominada “época de la violencia” (Guzmán, G. et al, 1980). También cabe anotar que, a partir de la década de 1970, proliferaron los estudios económicos alrededor de la juventud y su relación con fenómenos como la marginalidad, el subdesarrollo y la violencia (informes del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social [ILPES] y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL]). Por lo tanto, la vinculación de los jóvenes en los fenómenos violentos no era nueva, pero sí se reconocían su notorio incremento y su sistematicidad durante la década de los 1980.

10 Inclusive, ya desde el año 1979, en el Primer Congreso Policial del Continente Suramericano, celebrado en la capital uruguayana, se afirmaba tajantemente que el creciente aumento de la población menor de 18 años podía significar el incremento de la población “potencialmente delincuente”, lo que ponía a los niños y jóvenes al nivel de una amenaza, de una avalancha incontenible, que era culpable por el solo hecho de nacer en condiciones de marginación.



social” o el “ajuste de cuentas” (Perea, 2015), han dejado huellas indelebles en la memoria de las generaciones que han vivido su juventud a partir de la segunda mitad del siglo XX en las grandes urbes colombianas<sup>11</sup>.

Debido al creciente interés por sugerir miradas frente a los jóvenes y sus vínculos con escenarios diversos —no solo aquellos centrados en lo violento—, a inicios de los años noventa surgió el Proyecto Atlántida 1992-1995 (Cajiao, 1996)<sup>12</sup>. Una importante iniciativa cuya fortaleza residió en posar su mirada en la pluralidad cultural y regional del país y el relato de viva voz de los mismos jóvenes, trascendiendo la mirada típica del adulto-académico que pretende dar cuenta de unos procesos desde la frialdad de la estadística o la descripción a la distancia<sup>13</sup>. Sin embargo, y pese a este gran esfuerzo, pocas eran entonces las reflexiones que —sin un sesgo determinista— se detenían en las raíces del flagelo violento que *aprisionaba* a los más jóvenes. El contexto social continuaba poniendo en evidencia que más que *una irrupción violenta*, se trataba tal vez de un *juego de espejos*, en el que los más jóvenes solamente devolvieron una figura monstruosa de lo que por varias generaciones habían aprendido en la violencia urbana y rural que ha azotado a Colombia desde hace más de doscientos años.

Así, la sociedad colombiana de finales del siglo XX<sup>14</sup> fue escenario de un intercambio de culpas y compromisos hacia los jóvenes, siendo las instituciones familiares y escolares las depositarias de toda la responsabilidad (Parra Sandoval, 1996). De nuevo, los hijos de las familias pobres fueron objeto de reflexiones que, desde diversos campos, terminaban endilgando sobre ellos una especie de *pecado natural*, según el cual eran más proclives

11 Cifras que desde entonces no han dado tregua. Durante el siglo XXI aún se dan alarmantes cifras, que no solo la incluyen la violencia criminal, sino que recogen además procesos de exterminio, “limpieza social”, y los denominados “falsos positivos”, fenómeno que tuvo su más oscuro momento en la primera década del siglo XXI, con el asesinato de jóvenes de sectores populares que, engañados con promesas de trabajo, fueron asesinados y luego presentados como integrantes de grupos insurgentes. Este fenómeno aún se encuentra en investigación.

12 El proyecto se realizó entre 1992 y 1995. Coordinado por Francisco Cajiao, contó con la participación de múltiples instituciones que se plegaron a la iniciativa de la Fundación para la Educación y el Desarrollo (FES): Universidad Pedagógica Nacional, Universidad de los Andes, Universidad del Quindío, Universidad del Norte, Universidad del Atlántico, Universidad Bolivariana, Universidad Javeriana, entre otras.

13 Los tomos 2,3 y 4 retoman informes a nivel regional, de la siguiente manera: el tomo 2, Bogotá y centro del país; el tomo 3, la zona del Eje Cafetero; el tomo 4, la zona de la costa Atlántica, incluyendo estudios en las islas de San Andrés y Providencia; y un quinto tomo que aglutina una base de datos de las fuentes con las cuales se elaboró el informe y que resulta relevante como insumo para próximas investigaciones.

14 Es importante precisar que, para el primer año de la década de los noventa, se da un paso importante en cambiar esta percepción sobre lo juvenil, gracias a la influencia de movimientos como la “Séptima papeleta” que hacia 1990, logró convocar a un considerable número de jóvenes que tuvieron una gran influencia en la formulación de la Constituyente, impulso clave para el cambio en la Constitución Política de Colombia en 1991. A partir de ahí, se instala una nueva lectura social sobre los jóvenes como *motor de cambio*, se incentiva la formulación de nuevas políticas públicas y planes de desarrollo que los tomarían en cuenta como *sujetos de derechos* y no solamente como *sujetos de punición* y control.



a ser violentos si procedían de familias disfuncionales o si nacían en un contexto de socialización marginado, supuestos que se convirtieron *en un lugar común* para la comprensión de los niños y jóvenes:

El estigma se endurece aún más, una vez se mira hacia los sectores populares, sus jóvenes se tachan sin miramiento de pandilleros y violentos desalmados. Nada más erróneo. La pandilla es una expresión más de la barriada urbana, una modalidad de agrupación juvenil existente junto a otras tantas desperdigadas entre colectivos culturales y comunitarios, religiosos y deportivos. (Perea, 2007, p. 37)

A propósito de la anterior reflexión, se retoma como ejemplo una conocida producción televisiva colombiana de 1990, que convirtió este *sentido común* en una analogía audiovisual que instaló un polémico debate —*que estaba pendiente en otras esferas*— con relación a las presencias juveniles de todos los sectores sociales y su lugar en la sociedad colombiana de finales del siglo XX. La serie *Cuando quiero llorar, no lloro*, conocida popularmente como *Los Victorinos*<sup>15</sup>, cristalizó en sí misma la matriz de sentido sobre la cual los colombianos parecían leer a sus juventudes. En esta serie, los protagonistas eran tres jóvenes, nacidos el mismo día, con el mismo nombre, en diferentes contextos sociales y económicos, y que tenían en común una pesada maldición:

El primero, Victorino Umaña Kopel, joven bogotano, de una familia adinerada y con toda su vida resuelta, *incluso antes de nacer*. Su personaje es una nítida representación de los *buenos jóvenes*, “los señoritos”<sup>16</sup> a los que desde mediados del siglo XIX colombiano se les reconocía como *juventudes*, más que por condición etaria, por su posición socioeconómica y cultural (Cortés Navarro, 2018a; Cortés Navarro & Reina, 2014), aunada a su rol como estudiantes, con tiempos de ocio y de moratoria social que les permitían tener espacios de sociabilidad con otras prestantes familias, muchas de ellas de marcada tradición católica y adornadas por notables apellidos, que no dejaban duda de su ascendencia y prestancia social.

El segundo, Victorino Perdomo, es un joven de los sectores medios de la sociedad, humilde, sencillo y trabajador. Proveniente de una familia vinculada con los movimientos populares de izquierda de los sesenta, su padre es un peluquero de oficio y partidario de la ANAPO<sup>17</sup>. Representa la visión del joven permeado por el universo de significación que tienen para

---

15 Producción televisiva basada en la novela del mismo nombre publicada en 1970 por el escritor venezolano Miguel Otero Silva. Es una serie ambientada en el contexto bogotano entre los años 1963 y 1983. Se transmitió en la televisión nacional durante 1991.

16 En la serie colombiana de ficción histórica *Crónicas de una generación trágica* (1993), se realiza una interesante caracterización de los señoritos decimonónicos, sus formas de sociabilidad y su relación con el movimiento de Los Comuneros.

17 ANAPO es la sigla del Partido político Alianza Nacional Popular, fundado en 1961 por el expresidente Gustavo Rojas Pinilla. Se suele identificar como un movimiento de izquierda, aunque no comparte postulados del socialismo totalmente.



su padre las anécdotas sobre su militancia en los movimientos populares, los discursos de transformación y de lucha social; del joven que crece a través de las lecciones de una vida dedicada al trabajo, a la conciencia política y a la constante superación de adversidades. Perdomo es el único que parece demostrar interés por los estudios, así que, tras varios esfuerzos, logra ingresar a una institución pública de educación superior en la capital, pero, según el argumento de la telenovela, allí mismo termina siendo instrumentalizado por una organización guerrillera urbana<sup>18</sup>, y encuentra un fatal desenlace.

El tercero, Victorino Moya, nacido en un asentamiento popular del centro de la capital, es hijo de madre soltera, y desde muy temprana edad conoce los rigores de la carencia económica y la falta de oportunidades. Crece en las calles, con los amigos y las crudas lecciones de una vida que no escogió. Impulsado de alguna forma por las circunstancias, se inclina por la vida delictiva que lo lleva a estar en prisión, luego de lo cual, preocupado por las necesidades y con el anhelo de ayudar a su mamá —figura de veneración y respeto frecuente en el fenómeno sicarial<sup>19</sup>— termina convirtiéndose en un *administrador de la muerte*, un sicario que pierde la vida a muy temprana edad al acudir a cumplir un encargo, el mismo día que los otros dos Victorinos también convergen en la misma entidad bancaria.

Esta breve semblanza de los protagonistas de la serie nos permite reconocer, que más allá de la trágica maldición de la ficción televisiva, había una visión generalizada que miraba con pesimismo y alarma a las juventudes colombianas en su conjunto; se hablaba del *no futuro*. Era la expresión de una mirada adulta que se posó en las generaciones que presenciaron sus angustias juveniles de forma paralela con las angustias de un país que se ha debatido entre la violencia política, el narcotráfico y una creciente desigualdad social, que muchas veces se ha expresado en una mirada endurecida por parte de las mismas instituciones oficiales, particularmente hacia los jóvenes que habitaban los sectores populares.

Todos estos estereotipos interesan a la luz de este trabajo de investigación en la medida en que, desde finales del siglo XX, se fue configurando *una matriz de sentido* que vinculaba a los jóvenes populares con la violencia urbana, haciéndolos partícipes en titulares de prensa, películas, seriados, canciones y documentales. Una matriz que también fue construyendo una estructura binaria acerca de los jóvenes, que los diferenciaba como *buenos chicos* —los que se ajustaban a la estructura social, los hijos obedientes,

18 Una imagen que había tomado fuerza en América Latina, durante la segunda mitad del siglo XX, afirmaba que los jóvenes podían ser fácilmente influenciados e instrumentalizados por los movimientos de izquierda en los centros educativos o en los movimientos populares, con lo cual, de antemano, se construyó un estigma sobre cualquier forma de organización comunitaria, al vincularla directamente con movimientos alzados en armas.

19 En el trabajo de Ángela Rengifo Correa (2007), titulado *El sicariato en la literatura colombiana: aproximación desde algunas novelas*, se aprecia un análisis muy interesante acerca del contexto social, cultural y afectivo que encuadra el fenómeno del sicariato, visto desde la literatura.





los buenos estudiantes— y *malos chicos* —entre los cuales estaban las identidades diversas y marginadas, los que no se acoplaban al canon, los que no pertenecían, *ni querían hacerlo*— que, en su mayoría, habitaban los territorios urbano-populares.

El aumento de la población de niños y jóvenes en las principales ciudades supuso entender las formas en las que venían tomando parte activa en las calles, en las plazoletas y parques, convertidas en lugares de reencuentro y socialización, tensionando los usos de los espacios públicos y privados e impulsando el reconocimiento de su potencialidad como actores políticos. El orden socioespacial y su incidencia en la sistematicidad de la violencia hacia los jóvenes.

El orden socioespacial (Duhau & Giglia, 2016), entendido como la correspondencia que existe entre las formas de producción y organización de los espacios urbanos y las prácticas de uso y apropiación de quienes los habitan, se ha expresado como continuidad de la organización histórica y socioeconómica de los ejes geográficos de la capital colombiana. Bogotá, igual que otras ciudades latinoamericanas, tuvo un vertiginoso crecimiento urbano posterior a los años cincuenta del siglo XX<sup>20</sup>, proceso que se vio intensificado por las oleadas de familias que migraron desde diversos confines del territorio nacional y llegaron a la capital, huyendo de la violencia rural o buscando mejores alternativas de educación, trabajo y vivienda.

Fue así como las necesidades de vivienda crecieron exponencialmente y desbordaron la capacidad de la Administración de la ciudad y de los proyectos de planeación urbana para brindar territorios aptos en los que las nuevas familias pudieran construir sus viviendas y *echar raíces*. Como consecuencia de ello, entrada la década de los sesenta, el suroriente de Bogotá, con sus vastos territorios de imponentes vistas encumbradas, se consolidó como una de las alternativas posibles para estas familias, muchas veces numerosas, que tenían dificultades para instalarse en espacios reducidos y para asumir los altos costos de arrendamiento en otras zonas de la ciudad.

Pronto estos territorios escarpados se fueron convirtiendo en barrios hechos por la gente, comunidades enteras que, con el *barro hasta las rodillas*, fueron midiendo los terrenos, removiendo las piedras e instalando improvisados ranchos de tela asfáltica<sup>21</sup> y tejas de zinc. Esta primera generación, durante los años setenta y ochenta, fue la de las *tomas espontáneas de terrenos*, de las batallas de las familias sin techo contra los violentos operativos de desalojo policial, episodios que contaron con niños, jóvenes y mujeres entre sus más frecuentes víctimas.

20 La ampliación territorial de Bogotá se dio gracias a reformas administrativas tendientes a la metropolización, como la de 1954, que consistió en la anexión de 6 municipios al área total de la ciudad. Asimismo, el dinero de instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) o programas de fomento al crecimiento económico como la "Alianza para el progreso", tuvieron una importante impronta en la transformación de la ciudad.

21 Conocida popularmente como *paroi*, según relatan algunos, como una contracción de la expresión "para hoy", que daba cuenta de la rapidez del proceso constructivo.



Los denominados “tugurios” de los cerros orientales, se convirtieron en lugar de intervención de las administraciones de la ciudad y cada alcalde proponía —o imponía— visiones de ciudad, entre las que casi siempre había *planes de mejoramiento*<sup>22</sup>, con fabulosos proyectos urbanísticos, grandes avenidas, alamedas y zonas comerciales para estos territorios, pero, paradójicamente, no para sus habitantes. Así, de manera simultánea a las promesas de transformación, se efectuaron violentos operativos, acciones judiciales y aumentos exagerados en el costo de los predios, con el fin de desterrar a comunidades enteras que se resistían a marcharse.

También en este contexto, hubo una activa afluencia de jóvenes estudiantes —especialmente de las universidades públicas— que, en su *ida hacia el barrio*, dinamizaron los procesos organizativos de resistencia, a través de brigadas de salud, de apoyo jurídico, de apoyo al diseño arquitectónico de las viviendas y de procesos de educación popular que asentaron las bases para los movimientos que vendrían posteriormente. Al respecto, recuerda Daniel, quien fuera uno de estos jóvenes estudiantes de los setenta:

Íbamos a los barrios de invasión —como los llamaban entonces—, asentamientos sin servicios públicos y allá hacíamos brigadas para ayudarles a hacer el pozo, a llevar el agua, a tender la manguera y darles sobre todo alfabetización, porque había mucha gente que no sabía leer ni escribir, nuestra función era alfabetizar.

No obstante, la ida a los barrios también tuvo una finalidad de carácter político. Así lo recuerda María Eugenia Vásquez (2000), a propósito de la incidencia barrial de la ANAPO:

Hicimos parte activa de la Juventud Anapista, JUAN, conformada mayoritariamente por muchachos de barrios populares. El más famoso comando juvenil era el “Salvador Allende”, que convocaba a cientos de jóvenes [...] nos dedicamos a constituir los grupos de base. (p. 134)

Si bien muchos de los jóvenes estudiantes que iniciaban en la militancia política acudieron a los barrios para apoyar los procesos de base, en algunos casos lo hicieron con la finalidad de lograr adhesiones políticas por parte de las comunidades. En palabras Pacho, uno de los jóvenes de esta generación:

Al barrio que llegábamos, la primera canción que se cantaba era la *Lora proletaria*, y de ahí todas las demás canciones de esa época y que evidentemente invitaban a la revolución. Esa influencia tenía que ver —ahora hago la reflexión— con todo el discurso que nos metían en el MOIR sobre la revolución cultural, que implicaba varias cosas: una, la cuestión de la música, llegarles a las personas a través del canto, se hacía campaña puerta a puerta en los barrios marginales tratando de conquistar votos. En esa época, inocentemente, creíamos que los votos se conseguían al calor de la palabra, de la lucha, del tocar la puerta, de conocer a la persona.

---

22 Como el plan de construcción de la Avenida de los Cerros, más conocido como PIDUZOB (Plan Integrado de Desarrollo Urbano de la Zona Oriental de Bogotá), puesto en marcha en 1971, con recursos del Banco Interamericano de Desarrollo, inversión que se proyectaba recuperar a través de la valorización de estos predios.

En esta primera generación (años setenta y ochenta), si bien los procesos organizativos contaron con un amplio apoyo por parte de jóvenes estudiantes y de organizaciones políticas populares, es preciso reconocer que factores como la organización interna, los vínculos vecinales extendidos y la capacidad de autogestión de las mismas comunidades lograron no solo la permanencia en los predios, sino la instalación de servicios públicos como la luz, el agua, el alcantarillado y el teléfono, así como la gestión de vías de transporte y mejor educación para los niños y jóvenes de sus comunidades. Tal como se aprecia en testimonio de Dayana, joven lideresa e integrante del colectivo Construyendo Progreso:

Mi papito cuenta que el proceso de traer los materiales era bastante complicado porque acá arriba [barrio Diana Turbay] no llegaba el transporte, entonces tenían que recogerlos en San Agustín y luego, entre todos los vecinos y familia, ponerse a cargar hasta acá, pues no había carreteras ni absolutamente nada, esto era un barrial [...] Entre todos construyeron inicialmente una habitación, una cocina y un baño en ladrillos y con tejas de zinc.

Así pues, en estos procesos de base, la fuerza motriz residió en los lazos comunitarios y familiares que todavía prevalecían, en los vínculos heredados del arraigo y tradiciones campesinas en las que la interacción comunitaria era extendida, generosa y autogestora. A diferencia del enfriamiento del vínculo vecinal que se va produciendo a medida que el tiempo pasa y el territorio habitado aumenta de extensión en las siguientes generaciones.

No obstante, de forma simultánea, con el paso del tiempo se van consolidando en las nuevas generaciones procesos de arraigo e identificación resignificados que pasan por el reconocimiento de lo que significa “habitar en el suroriente”, sus similitudes y distinciones con los lugares de origen de la generación anterior. Esto puede observarse, por ejemplo, en el testimonio de Marghen, una joven del sector que forma parte del colectivo Valkirykaz del Sur:

Soy una joven del territorio, del barrio Bochica Sur, Molinos dos. Nacida y criada en la localidad toda la vida. El suroriente es como mi casa, en especial el suroriente alto de las montañas, esta reivindicación del territorio me dio las herramientas políticas, la identidad. Yo soy muy orgullosa de decir que soy de Molinos dos; creo que constituye esa clase popular que no solamente es obrera, que es de alguna manera campesina, que recibe a los desplazados, a las mujeres luchadoras [...] El suroriente ha constituido mi identidad como mujer y mi identidad colectiva de lo que quiero trabajar.

Se aprecia entonces en esta primera convergencia intergeneracional que diferentes trayectorias de resistencia han encontrado en los escarpados cerros capitalinos del suroriente una promesa, un nuevo comienzo, que en sus inicios supuso para estas personas una intensa batalla por la legitimidad y por la consolidación de una identidad situada en el territorio para sí y para su descendencia, batalla que a su vez ha llevado al encadenamiento de eslabones de resistencias que transitan por múltiples canales. Tal como

reconoce Felipe —joven líder de la generación actual, integrante del colectivo Épsilon—, este vínculo intergeneracional es central como proceso identitario y de proyección prospectiva de los procesos de resistencia que desde entonces han tenido lugar en el territorio:

Nosotros como generaciones ya llegamos cuando nuestros padres habían tenido que luchar esas construcciones de los barrios. Nosotros llegamos en unas condiciones ya dadas, pero entonces sentíamos que habíamos perdido esa capacidad de pensarnos el territorio y el habitar porque no tuvimos necesidad de llegar y pelearnos los recursos, así que había que sanar todo este proceso histórico desde el territorio, con los cerros y los cuerpos de agua que bajan.

En suma, el resistirse al desalojo, a la violencia; el negarse a continuar en el *nomadismo urbano* de la búsqueda de vivienda, y el impulsarse desde la fuerza motriz del tejido comunitario, aunados al poder de la autogestión y la persistencia, se configuran como lecciones para las siguientes generaciones. De esta manera, el suroriente se va consolidando como resultado de los procesos espontáneos de poblamiento popular y de las pautas institucionales de distribución socioespacial que los acompañan posteriormente.

La mayoría de los barrios que han surgido en esta zona han tenido una consolidación progresiva a partir de diversas modalidades, siendo las más frecuentes las tomas de terrenos, el loteo de particulares —también conocido como “urbanización pirata”— y los proyectos de vivienda impulsados por cooperativas. Con excepción de los barrios planificados que fueron construidos en el marco de políticas de vivienda popular o para sectores obreros entre los años treinta y cincuenta del siglo XX, gestionados por entidades como el Instituto de Crédito Territorial y la Caja de Vivienda Popular, entre otras.

Esta información resulta clave en la medida en que estas pautas de ordenamiento y urbanización diferenciada en Bogotá han tenido una fuerte incidencia en los modos de vida de los habitantes del suroriente de la ciudad, en sus formas de interacción y en los imaginarios (Durand, 1994; Lindón & Hiernaux, 2012) que propios y extraños han consolidado respecto a la localidad y a quienes habitan las distintas zonas que la componen. A partir de ahí, se ha venido configurando un amplio repertorio de imágenes residuales que las personas van compilando a través de su experiencia, ya sea directa o narrada por otros, y que inciden en la forma en que establecen sus vínculos e interacciones con otras personas y con el espacio circundante. El imaginario es entonces una pieza fundamental en la manera de construir y dar sentido a la experiencia socioespacial y a la segregación como producto de la marginación histórica de ciertos emplazamientos (Luna Elizarrarás, 2022).

En el caso de Bogotá, esta investigación encontró que hay un orden socioespacial que incide en la sistematicidad y recurrencia de prácticas de violencia directa e indirecta que han tenido a los jóvenes del suroriente en la mira. El inusitado interés de diversas instituciones por las juventudes, particularmente a finales de la década de los noventa y comienzos del

nuevo siglo, puso en evidencia los efectos de años de marginación y de la insuficiencia de programas sociales y artísticos, así como de políticas institucionales en las que estos jóvenes fueron abordados mediante acciones de contención y moralización.

Durante la última década del siglo XX e inicios del siglo XXI, según sostienen varios de los testimoniantes, lo que llegó con más prontitud a los barrios fue la estigmatización y la violencia simbólica, expresadas a través de sutiles prohibiciones con las que se dio una suerte de expropiación simbólica del territorio del barrio.

Empezaron a verse obligados a transitar indefinidamente, a no detenerse en las esquinas, en el parque o bajo los puentes, a no salir a las calles después de ciertas horas, porque —desde cierto estigma transmitido generacionalmente— había lugares propicios para la criminalidad —inclusive el solo frecuentarlos llevaba a la sospecha—, espacios en los que se exacerbaba la condición de peligro, de indefensión o de improductividad (Cortés Navarro, 2018b, p. 592).

A finales del siglo XX, estos fenómenos paulatinamente se fueron degradando a acciones violentas concretas en las que se apreciaba cierta sistematicidad —ejecuciones extrajudiciales, amenazas, toques de queda y exilio—, de tal manera que los jóvenes eran y continúan siendo, las principales víctimas de una sociedad que primero los margina y después los ultima por sospecha.

Así, con el despunte del nuevo siglo, a la par de la formulación de políticas públicas orientadas a la infancia y la juventud, se iniciaron campañas —incluso con financiación internacional—, en su mayoría bien intencionadas, pero que conocían apenas parcialmente las dinámicas de violencia que se habían enquistado en los territorios surorientales como efecto acumulado de años de marginación y que habían sido naturalizadas como parte del paisaje social y transitaban en las relaciones intrafamiliares, en la escuela, en los lugares de entretenimiento y sin distingo alguno de edad. Al respecto, recuerda Erik, líder comunitario perteneciente a la Corporación GENECCA<sup>23</sup>:

El barrio ha tenido tiempos muy difíciles, por temas de delincuencia, las pandillas; también la violencia de Estado, una represión fuerte. Pero también había algo que a mí me sorprendía mucho, y es eso que cuando tú tienes como trece, catorce años y empiezas a encontrarte con pares, hay un conflicto latente. No se podía hacer contacto visual, ¿sabes?, porque el otro te decía: “¿Qué me mira, se enamoró?” Eso era así, y empezaba la pelea. Así que yo andaba muy asustado.

---

23 Generadores de Cultura y Comunicación Audiovisual.

El inicio de los proyectos sociales en los barrios puso en evidencia que los dinamizadores y profesionales que llegaban<sup>24</sup> a los asentamientos asumían que los mayores problemas de la zona eran la escasez de espacios para el disfrute del tiempo libre y el abandono escolar. Sin embargo, al cabo de algunos días, empezaban a reconocer que si se quería mejorar las condiciones de niños y jóvenes había que establecer planes de carácter más integral, que atendieran a las familias en conjunto, que permitieran dilucidar dinámicas de violencia simbólica que transitaban en las prácticas de los diferentes actores de la zona y que la forma de resolver los conflictos exhibida por los jóvenes era apenas el síntoma visible de un entramado más complejo. Así describe Roberto lo que sucedía:

Venían de las campañas y pensaban que, por hacer un parque, por pintar los andenes y traer regalos para los niños se estaba aportando a la transformación del sector, pero eso no era así. Las comunidades se acostumbraban al desfile de organizaciones que venían cada año, con un logo diferente, pero a prometer las mismas cosas, tomaban fotos, recogían firmas y no volvían más... Y a los pocos días, seguían los conflictos; la culpa siempre era del joven del parque, el de la esquina... El miedo no se iba, porque sabíamos que seguían pasando cosas.

A principios del siglo XXI, la emergencia de nuevos actores y problemáticas como la ausencia de oportunidades de estudio y trabajo, el aumento de la delincuencia común, la proliferación del consumo y el tráfico de drogas, sumados a las disputas por los territorios entre las bandas criminales, las milicias urbanas y los grupos de *exterminio social*, tensionaron aún más los vínculos de los jóvenes con lo urbano. El abanico de actores en disputa se hizo más complejo, y cualquier forma de activismo juvenil, de una u otra manera, suponía estar en afrenta con alguno de los grupos, como lo señala Erik:

Yo digo que nosotros somos sobrevivientes de toda esa violencia. La principal amenaza para la época era la *limpieza social*. Eso existía y era muy común... Una vez jugábamos ahí, en una cancha de fútbol en los apartamentos de Molinos, y se jugaba en la noche. Era un espacio de puros jóvenes, de pelaos, y me acuerdo que un día estamos todos jugando fútbol cuando llegó una camioneta blanca, sin placas. Se bajan unos tipos a disparar... Mataron a dos pelaos de los que estaban jugando; unos quedaron ahí, otros salimos a correr... Eso era lo que se vivía en el barrio en esa época, era muy fuerte.

La sombra de la violencia y la criminalidad persistió. El miedo fue aumentando con el recrudecimiento de la ejecuciones extrajudiciales —mal denominadas “limpieza social”—, que impusieron formas de restringir el

---

24 Un dato importante es que se dice “llegaban”, porque los dinamizadores que trabajaban en las zonas no necesariamente habitaban en ellas (situación que ha cambiado con el tiempo). De ahí que el trabajo fuese más complejo, en la medida en que suponía que el profesional reconociera muy pronto las dinámicas de la zona y adaptara su intervención a lo que pudiera encontrar, con el agravante de que, por la época, las mismas dinámicas de violencia tenían incidencia en lo que los vecinos podían o no contar sobre su barrio.

habitar y transitar por los territorios, mediante las cuales diversos actores violentos apelaron al hostigamiento y la victimización, a través de *toques de queda*, *fronteras invisibles*, grafitis o panfletos con mensajes amenazantes. Esto condujo a que, por temor, muchas familias abandonaran el barrio para proteger la vida propia y la de sus hijos. Con respecto a estas situaciones, recuerda uno de los líderes juveniles comunitarios:

En alguna oportunidad, salimos de una reunión de una biblioteca del sector en la noche, y nosotros, jóvenes y sin billete —yo ya me había graduado, pero no tenía trabajo—, entonces nos fuimos desde Granjas hasta el Diana a pie y. llegando al Polideportivo de Molinos II, nos cruzamos con una camioneta y unas personas que nos requisaron. Yo me asusté, me palpitaba el corazón... Pensé: “¡nos van a desaparecer!”... Entonces, abracé un poste y empecé a gritar el nombre de mi hermana, “sal, por favor, nos van a desaparecer” Yo levanté la cuadra a gritos, y salieron los vecinos a decir: “¡si ellos son de acá, son chicos del barrio!”... Tiemblo aun contando esto. ¡Ese día nos salvamos!

Fue así como la construcción de una experiencia urbana vinculada al miedo permeó todas las estructuras: en los colegios, en las organizaciones culturales-deportivas y en las familias se empezaron a hacer más frecuentes medidas preventivas, que incluían el cambio de horarios de ingreso y salida, así como estrategias de acompañamiento por parte de los vecinos y padres a sus hijas e hijos. A ello se refiere Dayana en su testimonio:

Con el tema de la limpieza social, existió siempre el temor de estar tarde fuera en la calle, porque era muy a menudo y muy habitual que resultaran los chicos asesinados aquí en el sector. Ese miedo yo lo viví con algunos amigos, con mis primos. Se tomaban precauciones. Cuando ya era tarde y no aparecían, uno escuchaba los disparos, uno se angustiaba.

Por ende, es importante reconocer cómo, paralelamente a este fenómeno violento, se da un incremento considerable de los procesos organizativos juveniles en territorios como la UPZ 55, Diana Turbay; la UPZ 53, Marco Fidel Suárez, y la UPZ 54, Marruecos, unidades emplazadas en las zonas con mayor vulnerabilidad económica, más asentamientos informales y diversos problemas asociados con la presencia de actores violentos. A ello se refiere, por ejemplo, Juancho, participante de la segunda generación, que forma parte del colectivo Cinjudesco<sup>25</sup>:

Este barrio [Granjas de San Pablo] y esta zona se han caracterizado por ser una zona roja, pero también tiene muchos procesos organizativos... Pese a las dificultades siempre ha habido participación de los jóvenes, pero antes era más duro, uno mostraba participación y lo iban callando. En nuestro proceso de jóvenes nos mataron muchos pelaos, de los que comenzaron conmigo, a varios los mataron. De ese proceso uno de los pocos que queda soy yo, otros siguieron otros caminos.

---

25 Centro Infantil y Juvenil para el Desarrollo Comunitario.

Ante este panorama de hostigamientos, provenientes de diversos frentes, a los jóvenes de estos sectores populares se les plantearon tres posibles escenarios: la respuesta desde la violencia, el refugio desde el asistencialismo o el enfrentar la situación desde el trabajo comunitario. Aunque varios siguieron otros caminos, muchos tomaron valientemente la decisión de vincularse desde el tercer escenario y participar en diferentes iniciativas que fueron dando lugar a clubes, organizaciones y colectivos. A propósito, Marghen relata cómo se inició en los procesos organizativos:

Nosotros nos organizamos muy niños, muy jóvenes. Eran las propuestas que había en las calles... era la *calle por la calle*, y lo que eso involucra, o la calle desde el arte y la organización... En mi infancia yo pude habitar el barrio sin ningún problema, jugaba en la calle, pero si fui testigo de muchos asesinatos que aparecían en [la quebrada] la Chiguaza, o mujeres que eran abusadas en la loma; es decir, la violencia constante. Pero aquí viene la labor y las ventajas de la organización en el territorio, y es precisamente trabajar en colectividad para no sentirse sola y, asimismo, permitirse habitarlo, trabajar, reivindicar, tener otras posibilidades de habitarlo.

Como respuesta ante esas violencias, tienen lugar prácticas como la danza, el teatro urbano y los Festivales musicales que se fueron tomando las calles, resignificándolas como escenarios culturales, contrario a su papel como espacios de flujo y movimiento permanente. Desde entonces, han proliferado los coloridos escenarios, comparsas y rutinas circenses que disrumen la cotidianidad de los vecinos y que, en pocos minutos, logran poner en discusión los problemas más urgentes de la comunidad. Así, el arte se configura como un importante cohesionador que vincula a los niños y jóvenes con los procesos comunitarios y como fuente de resistencia ante la problemática del contexto. Como lo señala Felipe:

Nos hemos dado unos lugares un poco para desestigmatizar *ese quiénes somos los jóvenes de los territorios populares...* Hay actualmente un conflicto, y es cuando los jóvenes queremos ocupar las calles; pero la sociedad ve con temor lo que el joven hace cuando ocupa la calle. Pero yo creo que ha sido la calle el espacio público en el que los jóvenes de estos barrios hemos logrado compartir y confluir en muchas ideas, porque carecemos de infraestructura para la cultura, para el compartir comunitario. Entonces, cualquier parque o cualquier calle es el lugar.

Se observa, por tanto, que las formas de resistencia territorial, así como la representación del suroriente, se han vinculado con los significados que los diferentes espacios locales —especialmente los parques y calles— tienen para muchos de sus jóvenes. En estos escenarios tienen lugar las vivencias y la experiencia urbana desde la cual estructuran sus relaciones en diferentes escalas. Asimismo, se han vinculado con las proyecciones y usos previstos, que se han establecido desde sus prácticas cotidianas, en contraste con formas más planificadas y controladas del uso de estos espacios.

Ha sido un inacabado proceso histórico e intergeneracional, potenciado desde la persistencia, la tenacidad de estas comunidades y los afectos por el



territorio, que hacen que, pese a estar inmersos aún en un juego de centros y periferias en el orden socioespacial, los jóvenes puedan reconocer la marginación, sanar el proceso y no sumirse en la inmovilidad. Al respecto, Felipe afirma:

Eso me cambió la vida desde el teatro. No fue la escuela política ni la formación en la universidad, fue el arte en el contexto del barrio lo que empezó también a formarnos... Empezábamos a analizar ya la realidad de otra manera, a tratar de buscar esas fugas para el pensamiento, para sentirnos parte del territorio.

## Del destino a la decisión: territorios para la vida y expresiones de la resistencia juvenil

Ante la pregunta sobre lo que ha significado *habitar el suroriente*, en las tres generaciones fue coincidente el intenso despliegue de recuerdos, emociones y prácticas que hacen de este territorio el sustrato afectivo e identitario de los procesos organizativos. Han sido las montañas y las cuencas hídricas los principales atributos geográficos de identidad y, si se quiere, de poder simbólico y combativo de los pobladores del territorio.

Al respecto, afirma Marghen:

El suroriente es como mi casa, en especial el suroriente alto de las montañas, esta reivindicación del territorio como un escenario de disputa política, de reivindicación de derechos humanos y de lucha que hacen los mismos sujetos [...] Para mí el suroriente es un territorio de lucha constante, de gente trabajadora, pero también de unas dinámicas muy particulares de sobrevivencia.

Estos procesos organizativos juveniles no han buscado hacerse con el poder de centro, en tanto sus *arenas de batalla* se articulan desde lo afectivo, lo cultural y lo contingente a un sentir y una identidad que reivindican el barrio y sus orígenes populares como eje de sus relaciones con los vecinos y con el resto de la ciudadanía bogotana. para plantear acciones afirmativas ante los diversos actores violentos y ante la misma estigmatización que opera sobre quienes han habitado en estas zonas.

Un ejemplo de ello es la prevalencia de procesos de resistencia cuyo eje principal se expresa a través de manifestaciones musicales como el rock y el hip-hop. En los testimonios se encontró que la conformación de agrupaciones musicales en varias ocasiones dio lugar a colectivos que, mediante la música, empezaron a construir otras apuestas para sustraer a los jóvenes de las calles y situarlos frente a un instrumento musical o un micrófono. Tal es el caso de dos colectivos a los cuales se encuentran vinculados líderes participantes en esta investigación y que centran parte de su intervención social en los dos géneros musicales mencionados:

El colectivo Cinjudesco-ASOVEG<sup>26</sup>, a través del hip-hop y del *Festival Rap Judesco*, y el colectivo Metalmorfosis Social<sup>27</sup> a través del rock y del *MetalMorfosis Fest*.

Estos eventos dan cuenta del florecimiento de procesos organizativos más amplios, que tienen eco en la comunidad general de la localidad que antes se abstraía de este tipo de espacios y promueven un interesante diálogo intergeneracional en el que muchos jóvenes reconocen el legado de organizaciones juveniles previas, con una fuerte presencia histórica en el territorio, que se convierten en inspiración para pensar en sus propias iniciativas, tal como lo resalta Álex, miembro del colectivo Metalmorfosis Social, en su testimonio.

Nosotros pudimos conocer organizaciones antiguas de la localidad, con trabajo en términos audiovisuales, como Genecca; otras en Granjas de San Pablo, que ya venían con todo un proceso formativo en cuanto al hip-hop, con quienes terminamos siendo afines por el tema de acercamiento desde la música, aunque nosotros trabajamos desde el metal... Se ejecutaron proyectos que me dieron ideas para empezar a organizar mis propios procesos, pero desde lo musical, desde el metal.

Es así como situaciones que forman parte de la problemática sentida en el territorio, como las amenazas, las ejecuciones extrajudiciales y los *toques de queda*, se denuncian a través de las *liricas* de las canciones. Se llevan a cabo acciones que responden de forma creativa a las contingencias particulares del territorio y que confluyen con otros procesos en los cuales, mediante nombres como “Que el toque no te toque”, “Gritos de paz” o las “Noches sin miedo”, se plantean repertorios con un efecto enunciativo sencillo pero contundente.

Al respecto, afirma Felipe:

Yo creo que estamos en una búsqueda constante de identidad y de quiénes somos. Creo que recibimos un país super convulsionado, una historia que nos ha tocado echarnos al hombro. Nos fuimos replanteando cosas y llegamos al teatro callejero y al espacio público, y eso nos permitió una incidencia política en el espacio público en el que se disputan las ideas, desde el muralismo y desde reconocer la necesidad de ir explorando la relación con la tierra, las huertas ...

---

26 El Centro Infantil y Juvenil para el Desarrollo Comunitario (Cinjudesco) es una organización social comunitaria que funciona desde los años noventa y que se encuentra estrechamente vinculada a la Asociación de Vecinos de Granjas de San Pablo (Asoveg), el Jardín Infantil Mafalda y la Biblioteca comunitaria Manuela Beltrán. Adelanta diversos proyectos gestados desde la educación popular y procesos artísticos desde Danza Latina, y desde la cultura hip-hop (rap literario, break-dance) desde donde se articula Rap Judesco.

27 La apuesta crítica se centra fundamentalmente en lo musical, razón por la que como resultado de los procesos de formación musical para niños y jóvenes denominados “Rock-Clinic” se van a realizar varias entregas, con participación de niños y jóvenes de la comunidad en eventos como el MetalMorfosis Fest y Gritos de Paz.



Muchas de estas experiencias organizativas y sus posibilidades desde el arte salvan vidas. Los jóvenes que habitamos estos barrios tan violentos estamos inmersos todo el tiempo en un sinnúmero de violencias simbólicas, directas, cotidianas, que finalmente el arte se convierte en esa posibilidad de escape y de encuentro, de reconstruirse y repararse.

El surgimiento de estos procesos juveniles en los territorios urbano-populares permiten una dinamización y relectura del tejido social que es atravesado por la vida particular de estos jóvenes, pero también por las dinámicas barriales, locales y de la urbe en general, en las que los propósitos políticos que se convierten en proyectos de vida, en resistencias que, desde el territorio, se expresan como

confluencias de procesos no lineales, que se desarrollan a saltos, combinando acciones micropolíticas y de fundación de nuevos espacios micropolíticos en los que se desobedece al poder, en que se despliegan formas de insumisión, que despliegan su potencia creativa desde el margen. (Useche & Pérez, 2017, p. 79)

En estas trayectorias se aprecia que estos jóvenes, pese a los contextos de marginalidad que los rodean, detentan una gran capacidad para transformar el estigma en emblema (Reguillo, 2000), operando una lógica en la que se dan cita la identidad, el territorio y una comprensión más integral de las relaciones de poder que los circundan, lo que ha redundado en la transformación paulatina de la interacción de los jóvenes con el territorio que habitan, en un proceso permanente, inacabado, en el que constantemente lo resignifican como un espacio socialmente construido desde lo popular. Como puntualiza Felipe, uno de los jóvenes de la generación actual: “Se busca que las formas de resistencia no solo obedezcan a la coyuntura, sino que respondan a un acumulado histórico: *somos jóvenes; pero en lo organizativo, viejitos*”.

Es posible afirmar que el suroriente de Bogotá ha sido un territorio atravesado por un proceso intergeneracional entre los precursores de las resistencias por el territorio durante los años setenta y sus hijos y nietos, que serán —no sin dificultades y diferencias— los herederos de este legado. Son estos últimos quienes han tenido que hacer frente a otros modos de lucha por la presencia y permanencia en los territorios, en este caso, ante la presencia de nuevos actores y las dinámicas sociales vinculadas con otras formas de violencia, desplegando para ello, como lo señala Useche (2009):

diferentes líneas de fuerza en medio de las cuales se pone a prueba el poder de resistencia de los jóvenes frente a las estrategias hegemónicas que circulan a través de nuevos tipos de redes, de controles territoriales, de modificaciones profundas de las políticas de seguridad, del manejo de mercados y de los miedos. (p. 15)

Estas experiencias han propuesto ejercicios de integración en torno a procesos artísticos, socioambientales y comunicativos de acompañamiento a la comunidad desde un sentido situado de conexión con el ecosistema y



de reivindicación de las memorias ancestrales en medio de lo comunitario. Se trata de acciones que han ido dando forma a la resistencia territorial desde nuevas relaciones que se consolidan desde la composición de la fuerzas subalternas y minoritarias. “Los colectivos y las culturas juveniles se expresan como una metáfora del lugar que habitan y diseñan estrategias propias y concretas de apropiación del espacio haciéndolo un territorio propio” (Feixa, 1998, p. 90).

Ante un escenario en el que el miedo se había empeñado en mostrar su rostro diariamente, trazando fronteras y límites generacionales, las chicas y chicos del barrio tomaron una distancia de la lógica dualista que los ubicó como víctimas o como victimarios en medio de las interacciones dentro de sus barrios, estableciendo así una trayectoria vital diferente, en la cual ha sido posible producir nuevos sentidos de lo urbano juvenil. Paulatinamente fueron reconociendo que, si bien no habían escogido la condición ni el lugar en el que nacieron, sí podían decidir cómo asumir su propia existencia y los marcos de acción creativos a través de los cuales harían frente a estos contextos. Se encontraron ante sí el necesario trayecto resistente *del destino a la decisión*.

## Referencias

- Cajiao, F. (1996). Atlántida: una aproximación al adolescente escolar colombiano. *Nómadas* (4).
- Cortés Navarro, L.F. (2018a). “*Clubes Escuela Republicana y la Sociedad Filotémica. Expresiones políticas y sociabilidad de las juventudes en Bogotá (1849-1867)*”. En *Revista Páginas*, 10 (22). (pp. 57-75). <https://doi.org/1035305/rp.v10i22.288>.
- Cortés Navarro, L. F. (2018b). Jóvenes, territorios urbanos e interacciones generacionales en la ciudad de Bogotá. En A. S. Jiménez Hernández, G. Ordaz Olais, O. Ghannami, M. I. Iglesias Villarán, M. Climent López & M. A. Conde del Río (Coords.), *Cultura de paz y buen trato a la infancia* (pp. 590-599). Consejo Independiente de Protección a la Infancia .
- Cortés Navarro, L. F. & Reina, C. A. (2014). *Historia, Juventudes y Política: de la escuela republicana del siglo XIX a las élites y juventudes políticas en los gobiernos del siglo XX en Colombia*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Departamento Nacional de Planeación. (1994) *Seminario Políticas e Instituciones para el Desarrollo Urbano Futuro en Colombia*. Ministerio de Desarrollo Económico; Programa de Gestión Urbana de las Naciones Unidas.
- Duhau, E., & Giglia, A. (2016). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Siglo XXI; Universidad Autónoma de México.
- Durand, G (1994). *Lo imaginario*. Ediciones del Bronce.



- Feixa, C. (1998). La ciudad invisible. Territorios de las culturas juveniles”. En H. Cubides Cipagauta, M. C. Laverde Toscano, & C. E. Valderrama, *Viviendo a toda: jóvenes, territorios y nuevas sensibilidades*. Universidad Central; Siglo del Hombre.
- Guzmán, G.; Fals Borda, O.; Umaña, E. (1980). *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Tomo II. Bogotá: Valencia Editores.
- Korinfeld, D., & Villa, A. (2012). *Juventud, memoria y transmisión. Pensando junto a W. Benjamin. Fractura social y lazos intergeneracionales*. Noveduc.
- Lindón, A., & Hiernaux, D. (2012). Renovadas interacciones: la espacialidad y lo imaginario. En A. Lindón y D. Hiernaux (Dirs.) *Geografías de lo imaginario* (pp. 9-28). Anthropos.
- Luna Elizarrás, S. (2022). Rebeldes o pandilleros: orden socioespacial, estigma territorial y género en Ciudad de México (1956-1965). *Signos Históricos*, 24(47), 308-352.
- Parra Sandoval, R (1996). “*La escuela vacía: enseñar en Ciudad Bolívar*”. En La Escuela Urbana. Fundación FES, Fundación Restrepo Barco, Colciencias, IDEP-Tercer mundo editores. Bogotá, pp 129-160.
- Parra Sandoval, R. (1985). *Ausencia de futuro*. Plaza & Janés.
- Perea, C. (1998). Somos expresión, no subversión. Juventud, identidades y pública en el suroriente bogotano. En H. Cubides Cipagauta, M. C. Laverde Toscano & C. E. Valderrama, *Viviendo a toda, jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Universidad Central; Siglo del Hombre.
- Perea, C. (2007). *Ccon el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*. Siglo XXI.
- Perea, C. (2015). *La Limpieza Social, una violencia mal nombrada*. Centro Nacional de Memoria Histórica; Universidad Nacional de Colombia.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles, estrategias del desencanto*. Norma.
- Reina, C (2012). *Historia de los jóvenes en Colombia 1903-1991* [Tesis doctoral, Universidad Nacional de Colombia]. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/11461>
- Rengifo Correa, Á. A. (2007). El sicariato en la literatura colombiana: aproximación desde algunas novelas. *Cuadernos de Posgrado*, (2), 97-118.
- Salazar, A. (1998). *Imaginario, presencias y conflictos entre los jóvenes de Bogotá*. Observatorio de Cultura Urbana.
- Signorelli, A. (1999). *Antropología urbana*. Anthropos.



Useche Aldana, Ó. (2009). *Jóvenes produciendo sociedad. Subjetividades, derechos sociales y productividad juvenil*. Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO.

Useche, Ó (2014). “Pensamiento crítico y subjetividades en resistencia”. En C.L Piedrahíta, A. Díaz, P. Vommaro. *Pensamientos críticos contemporáneos: Análisis desde Latinoamérica*. (pp.19-36).

Useche, Ó., & Pérez, C. I. (2017). Repensar las ciudades latinoamericanas como emergencia de territorialidades para la vida. En C. L. Piedrahíta, P. Vonmaro & M. C. Fuentes (Eds.), *Formación para la crítica y construcción de territorios de paz* (pp. 77-91). Universidad Distrital Francisco José de Caldas; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

